

el trigo, donde los cerezos estaban en flor, donde todavía no desplegaban los árboles todas sus verdes galas: los floridos setos de ojiacanto parecían cubiertos de copos de nieve, y en las orillas de las zanjas y de los barrancos, á la entrada de los bosques, observé las campanillas de flexible tallo y los olorosos alelíos que empezaban apenas á mostrar sus vivos matices entre el césped esmaltado de violetas.

(Concluirá)

Lecturas sobre el arte de educar

SEGUNDA PARTE

EL DISCÍPULO

Ya os dije, amigos míos, en los preliminares de estas lecciones, que todo hombre, en toda edad y situación, es susceptible de recibir enseñanzas, y, por lo tanto, puede apellidarse *discípulo*. Pero la edad más propicia para educarse es la misma en que se desarrollan naturalmente, hasta llegar á la madurez, las diferentes facultades humanas; y el nombre de *discípulo* se da, en sentido estricto, al niño ó al joven, sometidos á un régimen educador.

Esta parte de nuestros estudios tiene que principiar por el de la naturaleza y el de las potencias humanas. Por fortuna, ya habéis estudiado largamente la materia en las aulas de Filosofía. Aquí nos bastará recordar en compendio, lo que por extenso aprendisteis en años anteriores; y lo que os diré será suficiente para los maestros de fuera que hojeen estas lecciones, si alguna vez llegan á publicarse.

Conocéis mi criterio en materias filosóficas. Sumisión humilde y absoluta á las infalibles enseñanzas de la fe católica; de ahí en adelante, investigación libre de la verdad humana, siguiendo el espíritu y conformándome con la mente de mi maestro Santo Tomás de Aquino. Digo *el espíritu*, digo *la mente* del egregio Doctor; no la letra de sus

doctrinas, ni menos la manera como las entienda y explique cualquiera de sus modernos vulgarizadores. Se puede ser tomista, sin seguir de cerca á Sanseverino y á Prisco, á Zigliara y á González, á Liberatore y á Cornoldi, ni menos á Vallet y á Ginebra; por más que á esos autores se deba, después de Pío IX y León XIII, la resurrección de la filosofía católica; por más que uno les sea deudor de la mayor parte de lo poco ó mucho que haya logrado aprender.

Al apartarse, en puntos concretos, de alguna teoría de Santo Tomás, porque resulta inaceptable á la luz de los pasmosos adelantos de las ciencias físicas, ó de lo que ha descubierto el espíritu humano del siglo XIII hasta hoy, lejos de renegar del Angélico Maestro, sigue uno sus consejos de estudiar con reverencia á los doctores que nos precedieron, para seguirlos en lo que acertaron y apartarse de ellos cuando erraron; obedece al gran Pontífice León que advierte que "si se encuentra, en los doctores escolásticos, alguna cuestión demasiado sutil, alguna afirmación inconsiderada, ó *algo que no se halle de acuerdo con las doctrinas demostradas en las edades posteriores*, y esté, en una palabra, desnudo de toda probabilidad, no quiere, en manera alguna, proponerlo á la imitación de nuestro siglo." (1)

En la América española, donde se ha perdido tanto la noción del respeto y de la obediencia á las autoridades legítimas, me parece que hay muchos que pretenden ejercer la dictadura sobre cuantos los rodean ó se les acercan. Y la peor de las dictaduras es, en mi humilde opinión, la que trata de imponerse al entendimiento ajeno. He procurado no aceptarla nunca, y, por lo mismo, no quiero hacérsela sufrir á los demás. Vosotros siempre me habéis oído que mis opiniones personales en materia científica no han de tener ante vosotros otra autoridad que la de las razones y argumentos que las apoyen.

(1) Encicl. *Aeterni Patris*.

Tratemos hoy de la naturaleza del hombre; en las lecciones siguientes hablaremos de las potencias y operaciones humanas, combinando las enseñanzas filosóficas con las que nos brindan las ciencias físicas y naturales.

NATURALEZA DEL HOMBRE

Ya en las lecturas precedentes quedó dicho algo sobre la grandeza y dignidad del hombre. Mientras los demás seres visibles é invisibles quedaron hechos con el *fiat* del Creador, al formar al padre de nuestro linaje entran en consejo las tres Personas de la Trinidad divina, y dicen: "Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra." Modela Dios con sus manos el cuerpo de Adán del limo de la tierra, le infunde con su aliento un soplo de vida, y lo constituye Rey del Universo, diciéndole: "Dominad los peces del mar, y las aves del cielo, y toda criatura que se arrastre sobre la tierra."

Perpetúa la humana stirpe, ordenando á la pareja primera: "Creced y multiplicaos." Alza al hombre al orden sobrenatural, y le da por fin la felicidad eterna, consistente esencialmente en la visión beatífica. Cuando Adán cae, Dios le promete un Redentor, y como el Padre amaba tanto al mundo, le dio á su Unigénito Hijo para que lo salvase. El Verbo se hizo carne, tomó sobre sí nuestras iniquidades, y murió por nosotros; y, al subir al Cielo, después de resucitar, colocó la flaca naturaleza nuestra, en la persona del Hijo de Dios, á la diestra del Eterno Padre. ¡Qué grande es el hombre, sobre todo cuando tiene el título y carácter de cristiano!

Cuando se trata de conocer la *naturaleza* ó *esencia* del hombre, discrepan los filósofos. Dos escuelas contrarias y extremas vienen disputando sobre el arduo problema, desde los tiempos de la Grecia, y aun desde edades más remotas.

Los *idealistas*, que tienen como su representante más eximio á Platón, entre los antiguos, y á Descartes entre los modernos, afirman que el hombre es el alma; que ésta se une sólo accidentalmente con el cuerpo: somos algo así como un ángel encerrado y preso en el organismo de un mamífero. Según Platón, el cuerpo no es elemento constitutivo del hombre; es, al contrario, su cárcel; no le ayuda á conocer y á obrar, sino que es obstáculo á sus ideas y actividad. Oídló á él mismo, y sirva el bellissimo pasaje que sigue, para exornar lo árido de estas lecciones:

"Imaginaos una caverna iluminada por un gran fuego, con una sola puerta abierta del lado por donde entra el sol, y en esa caverna á varios hombres encadenados, con la espalda vuelta á la puerta, viendo las sombras que aparecen y desaparecen en el muro, en relación con los objetos que pasan por la puerta, y oyendo el eco de voces confusas de los que hablan fuera, pero sin percibir lo que dicen. Hé aquí una imagen de la condición del hombre sobre la tierra en general, y con particularidad en orden á la naturaleza y objeto de sus conocimientos. La cueva es la tierra; la hoguera son los sentidos y la inteligencia; la región luminosa fuera de la caverna, es la región de las Ideas iluminada por Dios, que es la Idea suprema y el sol de este mundo ideal; la visión de las figuras fantásticas y sombras que aparecen en el muro y las voces confusas representan la percepción de los objetos mediante los sentidos; los prisioneros, en fin, encadenados y con la espalda vuelta á la región de la luz, son las almas sepultadas en el cuerpo y separadas de la región luminosa de las Ideas."

¿Qué persona de elevados pensamientos y aspiraciones nobles no ha sentido lo que expresa Platón en el anterior elocuente pasaje? ¿No parece una adivinación del *Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est* de David, del *Quis me liberabit a mortis corpore huius* de San Pablo? Sólo que el fundador de la Academia, ignorante de la Revelación, atribuía á la unión con el cuerpo, lo que es fruto

de la culpa original. La materia sin mancha de culpa, antes perfecciona que empece al espíritu. Por eso dice el Apóstol: *Preciso es que esto corruptible se vista de incorrupción, esto mortal se revista de inmortalidad.*

Para Descartes, alma y cuerpo son dos substancias completas, no sólo distintas sino antitéticas. El hombre es el alma, y sólo el alma; y se une accidentalmente con el cuerpo, como éste con el vestido; como el auriga con los caballos del carruaje que va guiando. "El cuerpo, dice, es una maquinaria (*machinamentum quoddam*), de tal suerte adaptado y compuesto de huesos, nervios, músculos, venas, sangre y piel, que, aunque no tuviera alma, tendría los mismos movimientos que ahora; porque tales movimientos no dependen del imperio de la voluntad ni, por consiguiente, del alma."

La escuela sensualista, con los progresos que le han aportado los positivistas, evolucionistas y monistas novísimos, enseña que el hombre es una combinación de átomos heterogéneos, que, obedientes á la ley (sin legislador) del transformismo, ha conseguido un cerebro de foca, cara y manos de orangután, laringe de loro, aparato digestivo de cerdo, pies de topo, andar vertical de garza y piel desnuda de rana; todo perfeccionado por manera maravillosa y excelente. El sentir no es otra cosa que efecto de las combinaciones químicas de los metales y metaloides que entran en la composición de células y nervios; y el pensar y el querer son sensaciones transformadas.

Extremo por extremo, ¡cuánto más vale la filosofía de Platón y Descartes que nos supone espíritus puros, inmortales, que la enteca enseñanza sensualista que gasta tanto talento en probarnos que somos unos animales!

En medio de las dos contrarias teorías, como la virtud entre vicios opuestos, se halla la doctrina enunciada por Aristóteles, aceptada por los Santos Padres sin distinción de escuelas filosóficas, expuesta con la claridad del medio día por Santo Tomás de Aquino, y enseñada y definida por la Iglesia como dogma de fe revelada.

El alma, espiritual, inteligente, libre, inmortal, se une substancial—no accidentalmente—con el cuerpo, materia orgánica semejante á la de los brutos irracionales. Cuerpo y alma, substancias distintas, incompletas, unidas constituyen una nueva substancia, con naturaleza compuesta, que se llama el hombre. El espíritu solo no es hombre, sino alma humana; la materia sola no es hombre, sino cadáver. Y es el alma la forma substancial del hombre; es decir, su principio vital, el origen remoto de todas sus operaciones, aun de aquellas que se ejercen por los sentidos, aun de las puramente vegetativas, como la nutrición; es lo que diferencia al hombre, específicamente, de todo lo que no es él mismo.

La unión substancial de alma y cuerpo constituye, en cada uno de nosotros, la persona—el *yo* que dicen cartesianos y kantistas,—ó sea una substancia individua de naturaleza racional, según la insuperable definición de Boecio. De aquí viene que la muerte, que rompe y separa los dos elementos constitutivos de nuestro ser, y—conservando el alma,—destruye temporalmente la persona, sea el más terrible de los castigos terrenales. Y sería castigo sin remedio, sin la resurrección final; por lo cual los Apóstoles no animaban tanto á los fieles con la esperanza del cielo para el alma sola, inmediatamente después de morir, cuanto con la fe en la resurrección de la carne, que hará, no ya al espíritu del hombre, sino al hombre completo, bienaventurado por toda la eternidad.

San Agustín que, en Filosofía, es discípulo de Platón, se aparta de su maestro para afirmar la unidad substancial del compuesto humano; y, como consecuencia, enseña que el alma está por esencia en todas y cada una de las partes del cuerpo, si bien ejerce unas potencias por medio de unos órganos y otras por otros distintos. San Anselmo, seguidor de San Agustín y precursor de Descartes, en lo que el insigne filósofo moderno tiene de más sano y profundo, profesa la misma doctrina.

El Concilio ecuménico IV de Letrán definió que “Dios creó en el principio todas las criaturas, espirituales y terrenas, y al hombre *que consiste en espíritu y materia.*” Y el Concilio universal de Viena pronunció el siguiente canon dogmático: “Definimos, para que todos conozcan la genuina verdad de la fe y se cierre la entrada á todos los errores, que cualquiera que en lo sucesivo presuma pertinazmente afirmar, defender ó profesar que el alma racional ó intelectual no es *per se y esencialmente* la forma del cuerpo humano, sea considerado como hereje.”

Antes de entrar al aprendizaje de las potencias humanas, recordemos lo que es el alma considerada aisladamente; el estudio de los órganos del cuerpo vendrá con el de las facultades que por medio de ellos se ejercitan.

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

DE AÑO NUEVO

I

MEDIA NOCHE

¡Mortales escuchad! Es el tañido
De la campana que con voz sonora
Nos habla de un Ocaso y una Aurora
Que Dios en un instante ha confundido.

Rueda un año á sumirse en el olvido
Y el bronce con dolor su muerte llora;
De otro el primer fulgor los cielos dora
Y lo saluda el bronce conmovido.

Aquel, la realidad que nos enseña
Lo vano y pasajero de la vida
Y en el antro insondable se despeña;

Este—ilusión de galas revestida—
Nos dice con voz dulce y halagüeña
Que nunca la esperanza está perdida.